

# Rangos y estados. Las representaciones sociales en la obra de Margarita de Navarra

CHRISTIAN DESPLAT

La sociedad francesa disponía en el siglo XVI, y ya desde hacía bastante tiempo, de un modelo social de referencia: la sociedad de rangos o categorías. En principio el orden social reproducía un plan divino del universo que otorgaba el primer puesto a los "oradores", los clérigos intercesores, el segundo a los "bellatores", los guerreros protectores, el último, en fin, a los "laboratores". La cuestión de los orígenes de esta ideología social, su filiación o parentesco con el sistema de representación trifuncional de los indoeuropeos, han acaparado mucho tiempo a los investigadores<sup>1</sup>. Se han apasionado también midiendo el grado de adecuación entre el modelo y la realidad, la consistencia de la sociedad de rangos, sus principios y todo lo que la distingue de las sociedades de clases<sup>2</sup>. En realidad sabemos muy bien que el aparente rigor de la sociedad de rangos esconde una realidad muy cambiante; los rangos y los "estados" representan ciertas normas obligatorias, pero no tanto como para llegar a impedir mutaciones sociales. El puesto de los banqueros y grandes mercaderes en la Europa del Renacimiento ilustra en este sentido las distancias que podían existir entre las reglas y la práctica social.

De todas maneras, no son estas cuestiones, sin duda un tanto ociosas, de adecuación entre la norma y la práctica, las que van a retener nuestra atención. Como cualquier otra sociedad, la Francia del siglo XVI producía sus propias imágenes. Algunas fueron construidas con todo conocimiento de

1. Ce débat renvoie aux travaux de G. DUBY et de G. DUMEZIL.

2. La question des ordres est largement traitée dans l'oeuvre de R. MOUSNIER, en particulier dans *Les hiérarchies sociales de 1450 à nos jours*, Paris 1969. Voir également, "Ordres et classes", Actes du *Colloque d'histoire sociale*, Saint Cloud, mai 1967, publiés par D. ROCHE et E. LABROUSSE, Paris 1973.

causa, para fines políticos y sociales: numerosos tratados teóricos florecen en ese momento e ilustran ese deseo de encuadrar lo social. Grandes juristas como Budin, Belleguise, se esfuerzan en hacer del Rey el árbitro de los procesos sociales en el marco de la sociedad de rangos. El papel de la gente de letras es menos evidente, pues la ilustración y la defensa de un orden social raramente forma parte todavía de sus objetivos. A la vez que producen imágenes sociales, como Brantôme, por ejemplo, se presentan también como el reflejo de una realidad, sea cual sea la parte de determinismo que pese sobre ellos. Estas imágenes, inducidas o construidas, se convierten a su vez en normativas de la realidad.

La obra de Margarita de Navarra ofrece múltiples facetas de este papel del escritor y del poeta; los grandes poemas espirituales, como *Las Prisiones*, se pretenden intemporales y universales. Los cuentos del *Heptamerón*, en revanche, se presentan como el espejo de la realidad social contemporánea. En todo caso no se trata de hacer de la Reina de Navarra una socióloga antes de tiempo, sería una tarea perfectamente anacrónica. En contrapartida, Margarita es un testigo privilegiado de los prejuicios de los medios cortesanos, pero también de la reflexión de los mejores humanistas<sup>3</sup>. La Reina tuvo siempre cuidado de precisar el rango social de sus personajes, de situarlos en el tiempo y en el espacio; su obra, el *Heptamerón* en particular, no sólo cuenta historias, sino también la historia de su tiempo. A su manera, la Reina de Navarra era una historiadora, la del fuero privado, de los comportamientos y mentalidades individuales. La importancia que concede respectivamente a cada uno de los protagonistas sociales de su obra, permite apreciar hasta qué punto se adhería a la ideología de la sociedad de rangos. Hasta cuando retoma temas medievales, Margarita tenía cuidado de actualizarlos; su obra se presenta como contemporánea y las antiguas fábulas no embarazan su imaginación. Hay en ella también una geografía romántica que otorga a las letras del Sur, las Españas y la Península Itálica, el primer puesto. Con ello no busca solamente lo pintoresco de los lugares o costumbres, sino una conformidad social y, seguramente, los modelos que estaban reproduciendo sus propias representaciones.

No nos debe extrañar que esta Reina, hermana de Rey, haya concedido a la nobleza y a la gente de Iglesia una preponderancia aplastante sobre otros grupos sociales. Remodela las jerarquías internas de la sociedad de rangos en función de una certeza: traidores a sus deberes, los clérigos quedaban despojados de su preeminencia en beneficio de la nobleza. Heredera de un anticlericalismo tradicional, Margarita va bastante más allá del retrato habitual del monje de las fábulas; las costumbres de los clérigos no son más que el accesorio de la sátira, la crítica de la doctrina justifica la decadencia social.

Si las virtudes nobiliarias y los vicios clericales la llevan a este extremo, ¿qué le queda al Tercer Estado? Poca cosa, si no es el anonimato y la dependencia social; en sus límites la sociedad de rangos queda muy imprecisa. La masa rural y campesina es inexistente; el innoble, en el sentido etimológico de la palabra, no existe más que en relación al noble. De aquí el puesto concedido al sirviente, pieza esencial de un sistema de fidelidades exigentes. El

3. Le seul ouvrage de synthèse sur la cour, milieu social et culturel, demeure *La Civilisation des moeurs, la société de Cour, la dynamique de l'Occident*, de N. ELIAS, Paris ed. 1975.

mundo de los oficiales, entonces en desarrollo, todavía no tiene un lugar en el espejo literario. Finalmente el de los comerciantes, aunque triunfador en la realidad, permanece víctima de los prejuicios que afectan al dinero y a su papel en la producción de la riqueza.

Mejor que lo hubiera hecho un pesado tomo o una sátira, la obra de Margarita ofrece una representación social que ilumina a su manera las tensiones de la segunda mitad del siglo XVI.

## LAS NORMAS DE LA SOCIABILIDAD

Se ha llegado a escribir a propósito de los protagonistas del teatro de Margarita que no eran personajes, casi ni caracteres, sino más bien "actitudes posibles del alma entre el mundo y Dios"<sup>4</sup>. ¿Se puede por lo tanto proponer una sociología de las obras de Margarita? En ciertos poemas como *Las Prisiones* o en el *Teatro sagrado*, las figuras alegóricas, y sobre todo el "yo", dejan poco sitio a las tipologías sociales. En cambio el *Heptamerón* o el *Teatro profano* ponen en escena personajes cuya identidad social es localizable en principio. Dejando a un lado los pastores y pastoras que lloran la muerte del Gran Pan en la Comedia sobre los óbitos del Rey, nos hemos dedicado a perfilar un breve inventario de tipos sociales; se trata, por supuesto, de rangos de honor, más que de precisiones estadísticas.

Muy marcado por las lecturas neotestamentarias de su autora, el poema de *Las Prisiones* es susceptible de ofrecernos las claves de la representación social en la obra de Margarita. Más allá de una descripción banal de las ilusiones del honor ("de la grandeur"), la Reina de Navarra expresa su visión de las estructuras y la movilidad sociales. Evidentemente, no habla como socióloga sino como moralista cuando denuncia la hipocresía del juego social:

"Miraba yo emperadores y reyes  
con su majestad y triunfales arrogancias,  
cómo son servidos y obedecidos  
por los que a menudo tanto les odian"<sup>5</sup>.

Reina hermana de Rey, Margarita se hacía una idea bastante elevada de los reyes y sus versos anuncian las poderosas declamaciones de Bossuet:

"Estos son dioses,  
pues Dios no puede, me parece, tener mejores".

Pero si los reyes están en la cumbre de la pirámide de los rangos, como el Creador lo está en su creación, Margarita se interroga todavía sobre los orígenes y el valor del poder en general:

"He visto a cada uno que de estado en estado,  
subía, escalaba, hasta el poder".

Unos por la fuerza de las armas, otros por su fortuna:

"Otros -pocos- por su virtud y saber"<sup>6</sup>.

4.V. L. SAULNIER, *Le Théâtre profane de Marguerite de Navarre*, Paris 1946.

5.Marguerite de Navarre, les *Prisons*, édition et commentaire de S. GLASSON, Genève 1978, p. 109.

*G.Prisons, op. cit.*, p. 110.

Margarita considera que las vías de promoción social más frecuentes son también las menos confesables:

"Y gran parte por agudeza y cautela:  
es el camino de la más corta escalera".

El favor principesco, clave de la elevación, no es mejor tratado:

"Perdiendo a menudo el beber y comer  
para colocarme lo más cerca del Príncipe".

Ya que más que los medios de la promoción, lo que pone en entredicho es la promoción misma. Margarita condena la vanidad de toda ascensión, la agitación que aleja del camino de salvación; sea la que sea la altura que denuncia, llega a una conclusión que no puede ser más que muy conservadora. Todos tienen que pensar primeramente en su alma y despreciar todos los resortes de la actividad social: Placer, Avaricia, Ambición, Amor... Tal perspectiva recoge la de la sociedad de rangos, sociedad en cuyo seno la estabilidad social asegura el buen funcionamiento del cuerpo social y la salvación de todos.

Una rápida aproximación lexicométrica al *Heptamerón* confirma esta representación social: de 273 designaciones socio-profesionales, 185 conciernen al mundo nobiliario, 28 al clero y 60 al Tercer Estado. La jerarquía social tal como la imagina Margarita no es exactamente la de la sociedad de rangos; la nobleza, tanto por el número como por la calidad abunda en representación, muy por delante de un Tercer Estado menospreciado y de un clero despreciado. La composición interna de cada rango no hace más que confirmar un prejuicio inicial. Los reyes y las reinas por sí solos, están representados en casi un tercio, dominado, es verdad, por los gentileshombres, entre los cuales figura un bastardo, y el conjunto de señoras y damas. Es de notar la débil representación de los títulos de nobleza, con cinco menciones solamente. Muy fiel a los mitos nobiliarios, Margarita concibe la nobleza como un mundo único donde reina la igualdad perfecta<sup>7</sup>.

Relegado al último rango de la jerarquía por el débil número de sus representantes, el que en principio era el primero, se repartía muy desigualmente entre el clero regular (17 monjes y 5 abades) y el alto clero secular (6 obispos). Margarita prefería las imágenes heredadas de la Edad Media que formaban parte del mundo abigarrado de conventos, sobre todo de hombres, a la realidad, la masa de clero parroquial. El Tercer Estado está tratado un poco menos mal, pero su lugar en el *Heptamerón* no tenía nada que ver con el que realmente tenía. Después ya veremos qué contenido de desprecio indica esta mengua de representación. De momento retengamos las conclusiones semánticas: el Tercer Estado no existe más que en relación a la nobleza. Sus miembros son a partes iguales criados o gente de justicia, sobre todo subalternos; por un parlamentario, un abogado, encontramos siete procuradores, pobres auxiliares más bien menospreciados. El Tercer Estado "útil", el de los campesinos (dos), los artesanos (cuatro), los comerciantes (tres) y los burgueses, es casi inexistente. Bastante aficionada a los pastores en su teatro, la buena señora de Odos no ha sabido o no ha querido ver los pastores de Bearn y Bigorra que se le cruzaban en la vida diaria. En cambio sí hace un

7. Cette notion a été exposée par J. P. LABATUT dans *Les noblesses européennes de la fin du XV<sup>e</sup> siècle à la fin du XVIII<sup>e</sup> siècle*, Paris 1978.

sitio, aunque modesto, a los marginales que ya habían entrado en la leyenda literaria de los Pirineos: los bandoleros.

En resumen, la sociedad de rangos tal como la concebía Margarita en el *Heptamerón* era más bien una sociedad de clase única: la nobleza, los demás no eran más que auxiliares o ayudas sociales.

Al unitarismo social de la obra de Margarita parece corresponder una verdadera unidad de tiempo. Aunque no se iguala en el resto de la obra el realismo documental y la contemporaneidad del *Heptamerón*, la unidad de tiempo no falta en el *Diálogo*, *Las Prisiones*, ni muchos menos en el *Teatro*,

Sin entrar en las eruditas exégesis que han buscado el eco de disputas médicas contemporáneas en *El Enfermo* (¿de qué lado había que sangrar a un pleurético?) o que se han esforzado por poner al día la identidad del Inquisidor, nos es fácil demostrar la contemporaneidad del Teatro profano: el debate entre la medicina oficial y la de las curanderas es tema de escuela del siglo XVI y el procedimiento Inquisitorial era de una terrible actualidad. Las Prisiones, poema intemporal en apariencia, abunda en ejemplos de bellas muertes contemporáneas; la de Charles d'Alençon a la que asiste un coro de testigos sabiamente jerarquizadas: "los caballeros, mis oficiales y pobres servidores"<sup>8</sup>. La de Luisa de Saboya y sobre todo la del hermano adorado, Francisco I:

"... príncipe gentil,  
Gentil de nombre, de raza y de virtud,  
que en la guerra ha combatido frecuentemente  
a sus enemigos llevándose la victoria.  
Y si fue príncipe, no tuvo menos gloria,  
pues había nacido para ser verdadero Rey"<sup>9</sup>.

El *Heptamerón* confirma la contemporaneidad de la obra de Margarita y también la importancia que tenían los reinos que son la referencia cronológica casi exclusiva. Es verdad que casi un tercio de los cuentos no tienen fecha precisa, retomados frecuentemente de textos medievales; pero la mayor parte de las "historias" está situada bajo el patrocinio de contemporáneos de la Reina. Modestamente ella no se coloca en escena más que cinco veces y deja en primer lugar a su querido hermano, citado diecinueve veces. Sus maridos tienen un rango más discreto: Charles d'Alençon sale tres veces y Enrique II de Labrit solamente una. Al hilo de las narraciones se presenta el Gotha europeo de la primera parte del siglo XVI: Luis XII, Carlos VIII y Ana Bolena, Maximiliano de Austria, Fernando el Católico, los Duques de Urbino, Ferrara, los Medicis. El muestrario de Margarita integra así sin ninguna dificultad una verdadera internacional de lo mejor y más grande de la nobleza de su tiempo. El tiempo de Margarita evidentemente, no es el de los trabajos y los días de los obreros, tampoco el de los fines últimos y la salvación; su predilección de referencia son los reinos, las dinastías, las batallas y las alianzas de la nobleza.

8. *Prisons, op. cit.*, p. 213.

9. *Prisons, op. cit.*, p. 225.

¿El espacio social es semejante a la unidad del tiempo? La geografía del *Heptamerón* parece consagrada a la diversidad: la Corte de Francia, lugar por excelencia de la nobleza, es mencionada siete veces sin otra precisión. Si los parajes del Valle del Loira vuelven frecuentemente a la pluma de Margarita, también la villa de París es citada siete veces. Auténtica nómada, como todos los Valois, Margarita se siente en su casa por todo el reino e incluso fuera; tiene predilección por Italia y todavía más por España, Pamplona y Navarra que sirven de marco a varias narraciones.

Pero esta geografía aparente esconde otra más reveladora de los lugares preferidos por la nobleza. Con una perspectiva que va a resultar la del clasicismo, la Reina construye su decorado en un mundo binario. La ciudad es un lugar de reclusión y repulsión que evoca:

"... puertas aherrojadas,  
rejas, barrotes, cadenas y fuertes piedras,  
fuera castillos, ciudades y palacios"<sup>10</sup>.

A la ciudad y sus palacios, Margarita prefería la amplitud de las perspectivas agrestes, las del gentilhombre prendado de los vastos espacios propicios a la caza y a los ejercicios físicos. Así se encuentran en *Las Prisiones* algunas páginas dignas de los más grandes poemas de caza. Hermana, mujer y madre de apasionados cazadores, Margarita no era apenas sensible a las mieses o a las viñas. En cambio:

"Vivo los campos, los prados de hierbas y verdor  
Árboles cons sus hojas, flores y diversos frutos.  
Admiro en estas profundas forestas  
los grandes estanques, fuentes y lagunas  
para abreviar el ciervo, jabalíes, lobos y gamos.  
Qué hermosos es ver correr y trotar  
al ciervo y cómo frota su amplia cornamenta en el bosque  
para poder defenderse mejor de los príncipes  
que no perdonan ningún trabajo para atraparlos"<sup>11</sup>.

La dama del valle de Sarance describe en sus *Prisiones* la montería, la caza con red, con reclamo; su espacio social es el de los nobles. La evocación del trabajo, maldición de los rústicos, está excluida de él. Esta pasión nobiliaria por los grandes espacios no corresponde solamente a la función guerrera de los nobles, expresa también su vivo apego a la libertad, una idea tan fuerte al menos como la del honor en su mitología social y política. La nobleza del siglo XVI tenía ya, de todas maneras, relaciones bastante complejas con la naturaleza; sus castillos estaban rodeados de jardines que reconstruían la naturaleza. Los convidados de Margarita tenían ocasión de disfrutar de estos sucedáneos trasladados del entorno natural; los encuentros amistosos o amorosos tienen lugar rara vez en el interior de los edificios, sino más bien "en un coto...", cerca de un techo de árboles curvados, lugar tan bello y complaciente que no puede haber más", o bien "en una glorieta que hay al final de la avenida"<sup>12</sup>.

10. *Prisons*, op. cit., p. 75.

11. *Prisons*, op. cit., p. 100.

12. Marguerite de Navarre, *L'Heptaméron*, édition M. FRANCOIS, Paris 1967, pp. 154 et 211.

Entre la ciudad, sitio burgués, y el campo de los rústicos, la obra de Margarita define un espacio social autónomo, el de la naturaleza libre o sus sucedáneos, que es el que convenía más a los gustos de los nobles.

## LA PREPONDERANCIA NOBILIARIA

Si se encuentran los nobles en la cumbre de la jerarquía social es porque dan prueba de virtudes ejemplares. La más elevada, pero también la más exigente, es la del honor; la hermana de Francisco I sabía mejor que nadie qué frágil era y qué sabia casuística definía sus límites. Virtud innata, no se confundía con la preeminencia social. Sin el honor ésta no era más que orgullo:

"El honor es muy digno de ser estimado,  
pero si es vano hay que desecharlo.  
El honor es vano si no está plantado en el corazón  
encajado e injertado por la virtud"<sup>13</sup>.

El que no respetara el código no escrito, ni claramente formulado, del verdadero honor no sería más que "un pobre ciego":

"Ese vano honor al que vuestro corazón aspira  
es un gran tirano, el peor de todos".

Entre las fantasías sociales de la nobleza el honor era el que se llevaba la palma. ¿Pero qué representación práctica se hacía de él Margarita? En el *Heptamerón* la Reina consagra varias narraciones al examen del punto de honor ilustrando una de las obsesiones de las sociedades machistas: la traición femenina. En efecto, la conducta de las mujeres amenazaba en todo momento el honor de la casa en lo que tenía de más precioso: la pureza del linaje. Los despropósitos masculinos, evidentemente, no tenían los mismos inconvenientes y la Reina llega a conceder un rinconcito al gentilhomme bastardo. Así describe con simpatía las aventuras de un "bastardo de grande y alta casa, tan buen compañero y hombre de bien como lo hubo en su tiempo"<sup>14</sup>. La desigualdad entre el hombre y la mujer importa menos en el fondo que la concepción formal del honor que inspira, un formalismo que autorizaba comportamientos criminales con tal de que fueran salvadas las apariencias. En este aspecto es ejemplar el caso de un presidente del Parlamento de Grenoble expuesto en la narración 36: este marido engañado comienza por sacrificar a un viejo criado leal para desviar las sospechas públicas. Perdona al verdadero seductor en razón de su rango social; multiplica las manifestaciones sociales del amor conyugal, danzas, banquetes, y reserva en fin de cuentas una oculta y terrible venganza únicamente a su esposa. "Un bello día del mes de mayo fue a recoger en su jardín una ensalada de una hierbas que, tan pronto como las hubiera comido su mujer, no viviría 24 horas"<sup>15</sup>.

13. *Prisons, op. cit.*, p. 117. Autant Marguerite était sensible á la notion d'honneur, autant celle de "race" lui paraît étrangère; voir les travaux d'A. JOUANNA, "Recherches sur la notion d'honneur au XVI<sup>e</sup> siècle", *RHMC* 1968, p. 597-623, et *L'idée de race en France au XVI<sup>e</sup> siècle et au début du XVII<sup>e</sup> siècle*, Université Paul Valéry, Montpellier 1981. Egalement, A. DEVYVER, *Le sang épuré. Les préjugés de race chez les gentilshommes français de l'ancien Régime*, Bruxelles 1973.

14. *Heptameron, op. cit.*, p. 159.

15. *Heptameron, op. cit.*, p. 263.

Estos métodos tan expeditivos no estaban autorizados a las mujeres que tenían que encontrar medios más sutiles para vengar su honor, evitando siempre una publicidad inoportuna. La cuarta narración refiere la desventura de una dama que había sido agredida durante el sueño por un joven gentil-hombre; cuando meditaba una sangrienta venganza su dama de honor le demostró que no servía más que para aseverar su deshonor: "Si queréis vengaros de él, dejad hacer al amor y a la vergüenza que lo sabrán atormentar mejor que vos"<sup>16</sup>.

Esta sutil casuística, tolerante con los maridos, temible para las esposas, subraya el carácter formal del honor que reposa más en la reputación que en la realidad.

La nobleza se define por sus virtudes y por las funciones que las ilustran. Aunque aparecen bastante poco en la obra de Margarita, el combate y la guerra están muy en conformidad con el modelo de rangos, constituyendo la función noble por excelencia<sup>17</sup>. El grupo de platicantes del *Heptamerón* se constituye a continuación de un combate, que es el lugar de solidaridad natural entre gentileshombres. La guerra está antes de todo, incluso antes que el amor. Es la mejor ocasión de "cazar nuestro honor", de mostrar "el honor de su sangre". Un gentilhomme se hace notar por su cortesía, su hermosura, su elocuencia, pero sobre todo por su bravura. El héroe-guerrero, frecuentemente un segundón, es decir un joven sin fortuna, busca el combate sin descanso: "Cuando su país está en paz, iba a buscar la guerra a países extranjeros donde era amado y estimado de amigos y enemigos". En la imaginación de los nobles platicantes, en la de la misma Margarita, la función de la guerra realiza la unidad perfecta de todas las noblezas. Los intereses materiales, nacionales e incluso los religiosos, importan poco a esta internacional de la nobleza. La Reina evoca en varias ocasiones la guerra con los Turcos, pero es para destacar mejor el comportamiento idéntico en todos los combatientes; así, Amador, prisionero de los turcos de Túnez "fue muy bien recibido". Cuando la guerra había llegado a ser asunto de las nacines y los profesionales, Margarita no imagina otra forma de guerra que la "guerre guerroyable", la que no busca en principio la eliminación física del adversario, sino exclusivamente la exaltación del honor<sup>18</sup>. Sus héroes siguen siendo pues guerreros "guerriables": Varios honestos gentileshombres que, por su asiduidad a las largas guerras, habían adquirido tanto honor y prestigio, que todo el que podía verlos y frecuentarlos se consideraba dichoso<sup>19</sup>.

Esta concepción caballeresca de la función de la guerra exige algunas precisiones. La inadecuación entre el modelo y la realidad es aquí evidente y su-

16. *Heptamerón, op. cit.*, p. 31.

17. Il n'y a dans l'oeuvre de Marguerite aucune approche d'une définition juridique ou institutionnelle de la noblesse. Voir A. TEXIER, *Qu'est-ce que la noblesse? Histoire et droit*, Paris 1988.

18. *Heptamerón, op. cit.*, p. 67. Les notions de "guerre guerriable" et de "guerre mortelle" ont été exposées par Ph. CONTAMINE dans *Guerre, Etat et Société à la fin du Moyen Age*, Paris La Haye 1972.

19. *Heptamerón, op. cit.*, p. 55.



braya el arcaísmo de la representación social de los nobles en la obra de Margarita de Navarra. Su rango perdía la exclusividad de su función sin tener conciencia de ello; pretendiendo rezar mejor que los "oratores", ¿los platicantes no estaban buscando posiciones de sustitución? Los nobles héroes de la Reina de Navarra no sólo se equivocaban de guerra, sino también de sociedad. Lo que no les impedirá, por otra parte, pasar a la posteridad con los mitos galos de final de siglo.

Fuera de la guerra la principal función de los nobles era reproducir su propio modelo: el matrimonio era el instrumento ordinario de esta reproducción social de elite. Margarita que transcribe en una relación amorosa las mil y una facetas de relación entre el hombre y la mujer, concede una viva atención a las combinaciones matrimoniales: "pues el matrimonio es un estado de tan larga duración que no debe ser comenzado ligeramente, ni sin la opinión de nuestros mejores amigos y parientes"<sup>20</sup>.

Empezando por esta forma de dar el tono, las bodas son el resultado de sabias negociaciones y el centro del conflicto entre "la honradez" y los "beneficios". En la mayor parte de los casos los últimos se anteponen a la primera. El gran problema para el linaje, de cuya supervivencia se trata, el problema más delicado es el casamiento desigual. Era una verdadera obsesión; ni el amor, ni la estima podían excusarlo. Al contrario, llega a justificar el crimen: "la hermana del Conde de Jossebelin después de haberse casado, con la desaprobación de su hermano, con un gentilhomme que éste hizo matar, cuánto se lo hubiera deseado para cuñado si hubiera sido de la misma cuna que ella"<sup>21</sup>. Las obligaciones de la política matrimonial de un linaje se extendían a toda la casa: el matrimonio secreto de un criado hacía de él un traidor, "un mal servidor que me ha traicionado".

En tales condiciones Margarita tenía una opinión del matrimonio muy cercana a la de los proverbios y la tradición popular: era el enemigo del amor y constituía una verdadera feria de engaños. En el mejor de los casos los contrayentes debían dar prueba de virtudes excepcionales para evitar la traición al linaje; las mujeres debían manifestar "virtuosa paciencia para ganarse a sus maridos; y la prudencia que han tenido los hombres hacia las mujeres, para conservar el honor de sus casas y estirpe"<sup>22</sup>. Para los que infringían estas reglas el resultado era inevitablemente catastrófico. La decimoquinta narración del *Heptamerón* cuenta la historia de un gentilhomme pobre "que no teniendo quinientas libras de renta vino a casarse con una mujer rica. La tuvo tan poco en cuenta, que en un año apenas se acostó una noche con ella. Y como gozaba de sus bienes le daba tan poca parte que ella no iba vestida como le correspondía"<sup>23</sup>. Si no lo conocía, la Reina estaba transcribiendo al pie de la letra el refrán bearnés según el cual: "el dinero todo de un golpe, la mujer a plazos .

20. *Heptamerón*, op. cit., p. 277.

21. *Heptamerón*, op. cit., p. 274.

22. *Heptamerón*, op. cit., p. 236.

23. *Heptamerón*, op. cit., p. 116.

24. V. LESPY, *Les proverbes béarnais. Essai de paroemiologie comparée*, Pau 1892.

A pesar de su importancia el matrimonio no constituía de hecho más que la ilustración de un principio social general: el de la dependencia. La sociedad no sabría existir sin un sistema de fidelidades, de subordinaciones, fuera del cual no hay más que marginalidad y criminalidad. Casi todas las narraciones del *Heptamerón* ilustran este mundo de protecciones jerarquizadas. Por ejemplo en la quince, el marido es protegido del Rey, la esposa de una Princesa. Estos vínculos representan los verdaderos motores de la dinámica social. El Rey Francisco I eleva así a simples gentileshombres a las más altas funciones. Pero no es él solo: hombres y mujeres, todos tienen un señor, pues no se sabría vivir fuera de las relaciones de tutela y fidelidad. El niño y la mujer debían estar todavía más sólidamente encajados que los demás. El niño no crece en casa de sus padres, sino que intentan confiarlo a un jefe guerrero que le otorgará fortuna: "Mi hijo comienza a crecer, es tiempo de mandarlo fuera de casa". Para la mujer eran especialmente temibles dos situaciones: la primera, el celibato, era una verdadera maldición. La narración 21 se conmueve por la suerte de una bella señorita que se casaba a los treinta años, víctima de un padre rico y avaro y de una protectora descuidada: "esta pobre chica permaneció largo tiempo sin casarse"<sup>25</sup>. En el contexto demográfico de la época, el enviudamiento de las mujeres nobles constituía un auténtico estado social. Un estado peligroso y envidiable a la vez. Peligroso, porque la mujer liberada de la tutela del marido, debía saber resistir al amor, so pena de traicionar el linaje. Envidiable, sin embargo, porque era propicio para ser más libre: una manera como otra cualquiera de caer en otros lazos de dependencia.

Al margen de estas funciones, la nobleza se define en la obra de Margarita por un modo de vida que hace oficial un status jurídico inexistente. Para escapar a la ociosidad y a los malos pensamientos, el gentilhomme se dedica a la caza y a la cetrería. Las damas tienen su ajuar, sus labores y algunas danzas<sup>26</sup>. No hay ni insinuación de trabajo, aunque algunas damas sean presentadas como hábiles gestoras. El trabajo y sus frutos naturales, la riqueza, son más bien despreciados. Margarita retomaba por su parte el tema ya clásico según el cual el mejor signo de la buena nobleza es la pobreza. Expresa así la simpatía que la inspira "un gentilhomme mucho más rico en virtud, hermosura y honestidad que en los demás bienes"<sup>27</sup>.

Improductivo por vocación, el gentilhomme según Margarita se distingue por lo menos en un punto de sus predecesores y sucesores: no desprecia el saber. Se encuentra aquí cierta predisposición del segundo estado para sustituir al primero: el noble reza mejor que el clero y sabe más que él. Más heredera que inspiradora de este modelo, Margarita propone lo que le inspiran sus propios gustos: "en una de las buenas villas del Reino de Francia, había un señor de buena casa que asistía a las clases deseando llegar a la sabiduría por la que se deben adquirir la virtud y el honor entre los hombres virtuosos"<sup>28</sup>.

25. *Heptamerón*, op. cit., p. 158.

26. *Heptamerón*, op. cit., p. 8.

27. *Heptamerón*, op. cit., p. 49.

28. *Heptamerón*, op. cit., p. 137. Voir E. de MOREAU, P. JOURDA, P. JANELLE, *La crise religieuse du XVII<sup>e</sup> siècle*, Paris 1950.

Poco cuidadosa de una preponderancia económica, que sin embargo estaba en peligro, la nobleza soñaba modificar a su favor la jerarquía trifuncional de la sociedad de rangos. La crisis del mundo clerical parecía justificar esta ambición. Margarita, de varias maneras, es eco de ello.

## ANTICLERICALISMO Y ANGELISMO: LA IGLESIA ENTRE DOS CRÍTICAS

Aunque no iguala en número de actores sociales al segundo rango, el primero es omnipresente en la obra de Margarita. En su teatro profano, de siete piezas, tres conllevan una sátira de la gente de Iglesia: *El Enfermo*, *El Inquisidor* y *TROP PROU*. Ya los primeros críticos de la Reina habían captado esta predilección. En 1610, Florimond de Remond, en su *Historia del nacimiento y progreso de la herejía*, subraya el tono de chanzas y farsas que la Reina hacía representar en Nerac: "Siempre le tocaba a algún pobre fraile. Parecía que no podía gozarse sin burlarse de Dios y de sus oficiales"<sup>29</sup>. Esta nota de tristeza sitúa con claridad la cuestión de la naturaleza de las puyas dirigidas al clero. ¿De acuerdo con el anticlericalismo medieval, no iban dirigidas más que a los servidores terrenales de la divinidad? ¿O se centraban directamente en ella? ¿La Reina de Navarra procesaba a los frailes o hacía el proceso de una religión e incluso de Dios?

Si es fácil responder a la última pregunta, pues Margarita no se planteó nunca el ateísmo, no lo es contestar a las dos primeras. En apariencia el retrato del clero es el de los Fabliaux de la Edad Media. El hombre de Iglesia bajo los rasgos del fraile, y sobre todo del franciscano, es ante todo un libertino y un violento. La desviación sexual del fraile seguía formando parte de las fantasías sociales y culturales. El franciscano de Margarita podía ser solamente lúbrico y sus fechorías un hazme-reír, tales como las de ese fraile alojado en un albergue donde se celebra una boda, que "fue a ocupar el lugar del recién casado, mientras éste se divertía bailando con los invitados"<sup>30</sup>. La primera narración del primer día era del mismo caldo: se hacía el retrato del obispo Seez, un libertino que vivía con la mujer de un procurador. Había, es verdad, una excusa: el marido lo consentía interesadamente.

Mas a menudo la lubricidad llegaba a ser criminal. La quinta narración cuenta la historia de dos franciscanos de Niort que intentan violentar a una batelera que además consigue engañarlos, pues son tan tontos como criminales. Calificados de "lobos encarnizados" los dos franciscanos pretendían "tomarla por la fuerza o, si gritaba, echarla al río"<sup>31</sup>. El cuento se acaba con el juicio sin apelación de "estos santos padres que nos predicán castidad y después se la quieren quitar a nuestras esposas". La narración 31 es comparable por su violencia a los relatos picarescos. Se nos descubre a un fraile que, para llegar a sus objetivos, mata a tres frailes servidores y amenaza de muerte a su víctima, la mujer de un gentilhomme, naturalmente. El monasterio de ese

29. Florimond de REMOND, *Histoire de la naissance et des progrès de l'hérésie*, 1610, p. 849.

30. *Heptameron*, op. cit., p. 315.

31. *Heptameron*, op. cit., p. 35.

lobo evoca los del divino marqués: "Se halló que a este monasterio habían sido llevadas un gran número de damas y otras bellas muchachas". Moraleja: "Un monasterio de franciscanos fue quemado con los frailes dentro, en memoria perpetua de la crueldad que tuvo un franciscano enamorado de una damisela".

Cuando no era criminal, la lubricidad de los frailes era ridícula. La Margarita de las Margaritas no ha dudado al describir situaciones muy triviales. Una dama de visita en el convento de los franciscanos de Thouars usa de sus comodidades (W.C.) y se encuentra retenida prisionera "por la taza y todo lo que había de mosto de Baco y de la diosa Ceres, pasado por el vientre de los franciscanos"<sup>32</sup>. Las primeras sospechas de la sirvienta recaen en los frailes, inocentes por una vez, y alborota en seguida a la vecindad temiendo que "la quisieran forzar. Venid a socorrer a madame Roncex, que los franciscanos la quieren forzar en ese retrete".

Esta virulenta sátira hacia los monjes llega a ser obsesión. Así todo el prólogo del tercer día está consagrado a la hipocresía y maldad de los religiosos. Desde las primeras páginas, había dado el tono del *Heptameron* la descripción del prior de Sarrance. Es probable que Margarita lo tomase del natural porque cuando acoge al grupo de interlocutores, nota: "Aunque era bastante mal hombre, no se atrevió a rehusar el alojamiento por miedo al señor de Bearn, que sabía que los estimaba mucho". Un bribón de siete suelas, este prior hipócrita se alegraba de que los platicantes planteaban la construcción de un puente. "El abad se alegró de que hicieran ese gasto para que el número de peregrinos aumentase y les suministró obreros, pero no puso ni un denario, pues no se lo permitía su avaricia"<sup>33</sup>. Margarita fue la primera en darse cuenta de cómo una descripción tan extrema podía a fin de cuentas ser nociva para la demostración de la maldad de los frailes. Algunos justos salvan la apariencia de la masa de los malos. Así el guardián del convento incendiado era calificado de "hombre de bien". El Abad de San Savin en Lavedan trataba a sus huéspedes "humana y honrosamente" pero "era de buena casa", y por eso sus cualidades eran las de un noble y no las del fraile. Aun cuando Margarita trata de moderar su antimonaquismo, no puede menos de hacerlo estallar: "Sé muy bien que la verdad no nos conduce a sacar cuentas a favor de los franciscanos, pues me sería un gran placer, por el amor que yo tengo a su orden, conocer a alguno que poder alabar. Pero hemos jurado decir la verdad y estoy obligada a no esconderla"<sup>34</sup>.

En realidad los frailes eran las víctimas propiciatorias de todo el primer rango. A través de ellos todo el clero inspira una profunda aversión a Margarita. Como a Lutero, le producen una repulsión sentimental, primer paso en el camino hacia la idea del sacerdocio universal: "Me parece que no supone gran virtud el rechazar a un franciscano, sino que más bien es imposible amarlos"<sup>35</sup>. El rango de los "oradores" no merecía ya su primacía porque traicionaba su función. La narración 19 deja claramente entender que no era necesario, ni tampoco recomendable, ser virtuoso para entrar en las órdenes.

32. *Heptameron*, op. cit., p. 88.

33. *Heptameron*, op. cit., p. 6.

34. *Heptameron*, op. cit., p. 241.

35. *Heptameron*, op. cit., p. 37.

Así, los franciscanos una vez más, no podían creer la vocación de un gentil-hombre, "pues no había gentilhomme en todo el país que tuviera menos que él la condición de franciscano, porque tenía en sí todas las buenas y honestas virtudes"<sup>36</sup>. Sin entrar en el debate de las ideas reformadoras de la Reina de Navarra, hay que notar los rasgos que constituyen un proceso social al clero.

La sátira a las personas, era tradicional y más conservadora que subversiva. Poner en cuestión la función de la gente de Iglesia, amenazaba a la preeminencia de su rango. El clero seductor no tenía sólo una desviación moral, traicionaba su vocación. La narración 33 expone "la hipocresía de un cura que bajo capa de santidad, había dejado encinta a su hermana y fue descubierto por la sagacidad del Conde de Angulema"<sup>37</sup>. Esta denuncia banal en el *Heptameron*, lleva consigo otra más original de señalar la superstición popular, la credulidad de las mujeres y sobre todo la traición del clero que profanaba el sacramento de la eucaristía. En varias ocasiones Margarita ataca a los confesores y predicadores que usan del confesionario y del pulpito para seducir a sus víctimas. La seducción podía tomar el camino de la lubricidad imaginativa, tal como muestra el franciscano que pone la penitencia a una dama "llevar mi cingulo directamente sobre vuestra carne". La hipocresía de los clérigos fomenta la falsa piedad y el exceso de celo que conducen a una interpretación falsa de la doctrina.

Sin duda Margarita no fue nunca más lejos en la crítica doctrinal de lo que había ido en el evangelismo de su juventud. De todo este conjunto de ponerlo en cuestión, no vamos a insistir más que en lo que se ha referido al sacerdocio y la función clerical. Implica la decadencia social del primer rango y supone una promoción del segundo, pues, en la obra de Margarita, solamente la nobleza parece susceptible de ser la sustituya en la función de rezar y transmitir lo sagrado que abandonan los frailes.

## EL TERCER ESTADO: DEPENDENCIA Y ANONIMATO

El lugar del "pueblo" no es solamente mediocre. Los límites mismos de su rango como Tercer Estado son muy imprecisos. Las historias del *Heptameron* mezclan, sin cuidado de jerarquizar, un presidente del Parlamento de Grenoble y simples artesanos, atribuyéndoles siempre segundos roles. En cambio el *Teatro profano* parece ofrecer un lugar excepcional, si no en número, por lo menos en calidad, a los personajes de extracción modesta<sup>38</sup>. Verdun L. Saulnier ha notado ya la función que se les asigna: "siempre es el humilde el que muestra el camino al grande y el servidor a su amo, la camarera a su patrón, los niños al Inquisidor, la gente sencilla a los poderosos, una simple pastora a las damas ricas y sabias"<sup>39</sup>. Así en la farsa del Enfermo, es la camarera la que indica la forma de curación a su dueño: no los remedios de buena mujer que usa su esposa, ni los de los facultativos, sino "el recurso a solo Dios". La clarividencia, la fe de los humildes son un tema vulgar del

36. *Heptameron*, op. cit., p. 146.

37. *Heptameron*, op. cit., p. 303.

38. *Théâtre profane*, op. cit., L'Inquisiteur, p. 49.

39. *Théâtre profane*, op. cit., p. XXIV.

Evangelio y no es de extrañar que Margarita se sirva de él. Pero estos pobres en el sentido evangélico no tienen ninguna representatividad social, a menos de considerar que todo el Tercer Estado está compuesto por desheredados y no es éste el caso en la obra de Margarita.

Numéricamente el Tercer Estado se identifica a un estereotipo, el del servidor leal. El modelo es el de la narración 36 donde el amo no duda en sacrificar por su honor a un anciano sirviente "que había servido durante treinta años lealmente a su señor".

La condición de servidumbre, tanto desde el punto de vista social, como moral, era más bien equívoca. Por un lado los lazos de subordinación que atan al servidor a su amo son tan fuertes que van acompañados frecuentemente de una relación afectiva. La sexta narración cuenta así la aventura de un viejo paje que "sus señores aman tanto como a uno de su estado". Se podía, pues, ser pobre, pero honrado.

Pero por otro lado, estas representaciones positivas estaban en contradicción con comportamientos y juicios que evocan más la lucha de clases que la simpatía evangélica. Los servidores no existen aparte de sus señores, son gente sin importancia y sin honor. Su testimonio no cuenta. Aunque sean testigos oculares del asesinato de su señor, el asesino no les teme, pues "los sirvientes de muerte no deben ser creídos en testimonio". La misma vida del leal servidor carece de importancia. Al principio del *Heptamerón* atraviesa el grupo de contertulios el Gave en crecida y pierden sus sirvientes. Dirigen una plegaria de alabanza al "creador que, contentándose con los sirvientes, había así salvado a sus señores y señoras". Mejor -o peor— todavía: la narradora añade que "no hace falta desesperarse por la pérdida de sirvientes, porque se recuperan abundantemente"<sup>40</sup>. Esta fórmula lapidaria dice más de las relaciones sociales y su naturaleza, que las conversiones precoces de los "pobres" en el teatro profano. Los lazos de dependencia se acompañan de estas "cascadas de desprecios" que empañan el sistema de solidaridades en el Antiguo Régimen.

Aparte de los servidores el Tercer Estado no brilla apenas por sus virtudes. La gente de toga, comprendidos los parlamentarios que todavía no formaban parte de la nobleza, se señalan sobre todo por su riqueza<sup>41</sup>. Esta está más bien mal adquirida, en el caso de los procuradores, o resulta ridícula, en el caso de un abogado, además cornudo. El mundo de los comerciantes tampoco es mejor tratado, pues su fortuna, bien o mal adquirida, resulta sospechosa. El estado del comerciante era incompatible con la salvación. "En la ciudad de Zaragoza había un rico comerciante que, viendo acercarse la muerte y que no podía ya retener sus bienes, que tal vez había adquirido de malas maneras, pensó que haciendo algún regalillo a Dios lo satisfaría después de su muerte por sus pecados. Como si Dios diese su gracia por dinero"<sup>42</sup>.

Más allá de la crítica de las obras, la representación de Margarita se inspira en la concepción cristiana antigua del dinero: el dinero por sí mismo, no

40. *Heptameron*, *op. cit.*, p. 5 et 7.

41. Aux Etats Généraux de 1614 les parlementaires siégeaient sur les bancs du Tiers Etat.

42. *Heptameron*, *op. cit.*, p. 345.

produce dinero. No es fungible, según la teoría escolástica. Se opone de esta manera al comerciante rico, pecador, el virtuoso noble pobre. En estas circunstancias toda ascensión social basada en la fortuna, no podía ser más que traición<sup>43</sup>.

Entre los raros ejemplos del tercer estamento citados por Margarita figura el de palafranco, "feo, sucio, infame". Tal vez este desprecio valía más que la ignorancia total, la de la masa campesina<sup>44</sup>. En esta materia la Reina no conocía más que los pastores, sin ninguna consistencia social, y algunas figuras poéticas perdidas como la de "un pastor que lleva por la tarde su rebaño". El verdadero pastor es tan rudo que no habla el mismo lenguaje que el gentilhomme: "el pastor que veía su necesidad más con la mirada que al escuchar las palabras". Si el trabajador no encuentra su lugar en la obra de Margarita, los marginales sí lo encuentran. Cita los bohemios y el prólogo del *Heptamerón* pone en escena "un hombre más bandolero que campesino" rodeado de una tropa de bandidos patibularios<sup>45</sup>. Estos personajes, sobre todo los segundos, tenían evidentemente más relieve que un simple campesino. El bandolero, calificado después como Miquelete, es una figura de posteridad literaria en los Pirineos donde tuvo un papel en la mitología social.

¿Hace falta concluir por estos rasgos que la Reina tiene un desprecio caracterizado hacia el Tercer Estado? Las cosas eran, sin duda, un poco menos simples de lo que parecen. ¿Qué cosa más natural que Margarita tenga los prejuicios sociales de su tiempo y de su rango? Margarita es lectora de las Escrituras. Es la rusticidad y la misma ignorancia, la que da al pueblo su verdadera sabiduría. Como lo proclama de una forma definitiva el paje del Inquisidor "todo saber es ceguera". En una perspectiva evangélica, los más humildes, los más independientes, los más ignorantes, en principio deberían ser también los más sabios. La mujer estaba destinada a ocupar ese sitio, tan poco conforme con la realidad social. El cuento de la mulera de Amboise que prefería morir que ceder, era la ilustración de esta virtud escondida entre los humildes<sup>46</sup>. Las mujeres "de buena casa no tenían siempre una constancia tan ejemplar, pues las gracias de Dios no se dan a los hombres por su nobleza y riqueza, sino según place a su bondad"<sup>47</sup>. Los verdaderos modelos de virtud no eran las damas y doncellas, sino "las que no saben nada, que no oyen en todo el año dos buenos sermones, que no pueden hacer otra cosa que pensar en ganar para vivir y que, siendo presionadas tan fuertemente, guardan cuidadosamente la castidad".

43. Voir A. JOUANNA, "Perception et appréciation d'anoblissement dans la France du XVI<sup>e</sup> siècle et de début du XVII<sup>e</sup>", dans *L'anoblissement en France, XV<sup>e</sup>-XVIII<sup>e</sup>. Théories et réalités*, CROEN, P. U. Bordeaux 1979.

44. L'ignorance des classes supérieures n'a d'égale que le silence des classes inférieures; il manque à la paysannerie au XVI<sup>e</sup> siècle son Rétif.

45. Les marginaux occupent une place non négligeable dans l'imaginaire social; voir R. CHARTIER, "Les élites et les gueux. Quelques représentations XVI<sup>e</sup>-XVII<sup>e</sup> siècles", *RHMCt.* XXI, 1974, p. 376-388 et B. GEREMEK, *Truands et misérables dans l'Europe moderne (1350-1600)*, Paris 1980.

46. G. BÓLLEME, *Les almanachs populaires aux XVII<sup>e</sup>-XVIII<sup>e</sup> siècles. Essai d'histoire sociale*, Paris 1969 examine ce rapport entre le pauvre peuple et la vertu cachée.

47. *Heptamerón*, op. cit., p. 21.

Se puede objetar que la simpatía que inspiraba a la Reina el pueblo sencillo dependía sobre todo de su lugar en un designio divino de la sociedad. Pero era exactamente igual con los nobles o los clérigos. Cualquier otra interpretación sería anacrónica.

Ningún estamento se escapa de tener una función espiritual y todos tienen una figura emblemática de sus vicios y virtudes: entre los eclesiásticos, el franciscano; entre los nobles, el gentilhombre; en el Tercer Estado, el médico. La elección de éste no es sorprendente: el médico ocupaba ya una buena situación en la literatura medieval. El Renacimiento atraerá por otra parte las miradas sobre el mundo de la medicina. El descubrimiento de la medicina antigua, el progreso de la contemporánea, son el principio de un largo proceso científico y social. Es cierto que hará falta todavía mucho tiempo a los discípulos de Esculapio para ser admitidos en el círculo de notables del saber y la fortuna, pero sin un real desarrollo de su clase, la sátira no hubiera sido tan virulenta. El hecho de convertirse en estereotipo, aun en su parte negativa, era de por sí una promoción.

Margarita retoma naturalmente la tradición de desconfianza que inspiraban los médicos, "de cuyas manos no depende la salud de los hombres"<sup>48</sup>. Pero ella va más allá del modelo heredado. Se ha notado frecuentemente, en el Enfermo, que el médico representa la Iglesia y el saber tradicional, incapaces de reformarse. La sangría de rigor se convierte en el símbolo de la sumisión a una disciplina no habitual. Pero la alegoría inspirada en el evangelismo no agota todo el sentido de esta pieza: se ponen tres medicinas posibles<sup>49</sup>. La primera, popular, es la de la esposa del enfermo: medicina de los sencillos, era del dominio de la mujer:

"Entre nosotras, pobres mujeres  
tenemos alguna experiencia  
y conocemos algunas hierbecillas"<sup>50</sup>.

Ella reprocha a la Facultad su peligrosa ineficacia:

".. .su zarpa es muy peligrosa  
pues el otro día hicieron morir  
a la hija de la procuradora".

La otra medicina, la del marido, es decir, la de los hombres, reivindica la exclusividad del saber y del tratamiento:

"Pero a usted y a otros pediría  
que no metieran la pata,  
o pediré vacación  
dejando el tocino a la gata"

Fundada su legitimidad en su método y en verdaderos ritos operatorios. Margarita se complace en caricaturizarlos: la consulta de la orina y, por supuesto, la sangría.

"Pues si empezara de otra manera  
el médico sería malísimo"

48. *Heptameron*, op. cit., p. 217.

49. Ce classement renvoie à une stricte hiérarchie entre culture dominante et culture populaire. Sur ce sujet, consulter R. MUCHEMBLED, *L'invention de l'homme moderne. Sensibilités, mœurs et comportements collectifs sous l'Anclen Régime*, Paris 1988.

50. *Heptameron*, op. cit., p. 15.



Además del método, la sátira atacaba también la avaricia del médico para exigir sus honorarios.

"Por favor, suélteme los ducados"

Pero se centraba sobre todo en el racionalismo médico cuando atribuía a medios ocultos una curación realmente milagrosa.

"Ay, por Dios, tienen encanto  
las palabras y los conjuros"

Para Margarita no existía más que una verdadera medicina: la fe. Medicina culta o popular no eran más que "falsos médicos".

La actitud de la Reina de Navarra respecto a los médicos es bastante instructiva. Es el eslabón de una larga cadena de difusión de un estereotipo profesional. Pero aclara también las dificultades de la medicina racional para hacerse escuchar en el siglo XVI. Leyéndola se comprende mejor la mezcla heteróclita que hizo subir a la hoguera a miles de acusados por usar "palabras". Margarita habría desaprobado los esfuerzos del médico renano J. Wier que intentó introducir la medicina en asuntos de brujería hacia 1563 y sostuvo a J. Bodin que era partidario de la demonología tradicional<sup>51</sup>. El juicio de Margarita sobre la medicina prueba que se podía ser a la vez adversario de la superstición y del racionalismo<sup>52</sup>.

*Las Prisiones*, como gran poema, constituye tal vez la mejor expresión de las representaciones sociales en la obra de Margarita. Es un himno al ordenador del Universo que:

"Puede lo que quiere y quiere lo que puede"

haciendo una crítica universal de la sociedad humana: nadie está al abrigo de ser pecador y sólo la Fe salva. Pero esta igualdad espiritual se acomoda a una estricta jerarquía temporal: entre las creaturas están primero los hombres de pro, es decir, la nobleza militar:

"Por la virtud ha llegado la nobleza  
y se acrecienta la virtud por las armas"

Los elegidos de este mundo son pues, gentileshombres y guerreros. La opinión de Margarita es poco más o menos la de Brantôme: "Son nobles porque son bravos y bravos porque son nobles".

La gente de honor por sí misma forma el cuerpo social, los demás son en sentido literal marginales, depredadores o parásitos.

"Después veía yo comerciantes y mercancías  
que han sentido la golosina de la ganancia.  
Gente de la justicia, oficiales, comisarios  
que frecuentemente están más de sobra  
que son necesarios".

En la obra de Margarita, que se hace así eco de las tensiones sociales de la primera mitad del siglo XVI, no quedaba gran cosa de la ideología social de los rangos. La caída del primer estamento condenado por su venalidad:

51. Voir R. MANDROU, *Magistrats et sorciers en France au XVII<sup>e</sup> siècle (La fin des bûchers)*, Paris 1968.

52. Voir J. DELUMEAU, "Les réformateurs et la superstition". Actes Colloque *L'Amiral de Coligny et son temps*, 1972, Paris 1974. L'auteur insiste sur le fait que: "le comportement protestant est en effet inintelligible sans la restitution de l'univers diabolique familial aux hommes de la Renaissance", p. 460.

"Pues hacer decir una misa por seis blancas  
me pone en trance de romper mi promesa".

Y sobre todo por su falsa doctrina que desestructuraba el sistema trifuncional. Del Tercer Estamento la Reina sólo señala los grupos de cambio: los comerciantes, los oficiales, los médicos, y eso para reprocharles sus ambiciones y un sistema de valores, los económicos, que no tienen en cuenta la virtud.

Ya que las referencias evangélicas los "pobres" no constituyen para nada un modelo social, la obra de Margarita nos propone a fin de cuentas una sociedad de clase única: la de la nobleza que reivindica las funciones más valoradas: el combate y la oración.

Uno se puede preguntar también, si llegados a este punto, tal reivindicación no era también la expresión de una profunda crisis del segundo estamento, la nobleza.

## RESUMEN

Poetisa y dramaturga inspirada por una ferviente fe evangélica, Margarita de Navarra no es ni una socióloga ni incluso una historiadora. No obstante, hermana y esposa de rey, tenía una visión original de la sociedad de su tiempo. Su obra, mucho mejor que un largo tratado, nos ofrece un imaginario social que aporta luz nueva sobre las tensiones de la segunda mitad del siglo XVI, en particular las existentes dentro del grupo nobiliario. Margarita olvida al pueblo llano, desprecia a los clérigos que traicionaban su vocación, y sueña con una nobleza que ocupase el primer puesto dentro de la jerarquía trifuncional de la sociedad estamental.

Palabras clave: Sociedad. Estamentos. Clases. Cambios. Ideología. Nobleza. Clero. Pecheros. Normas. Sociabilidad.

## SUMMARY

Marguerite de Navarre, a poetess and playwright inspired by an intense evangelical faith, was neither a sociologist nor even a historian. However, as a king's sister and a king's wife, she had an original view of the society of her time. Better than a weighty treatise, her work depicts an imaginary society which sheds light on the tensions of the second half of the XVIth century, particularly among the nobility. Marguerite knew nothing of the people, looked with scorn on the clergy who had betrayed their vocation and dreamt of a nobility which would hold the highest position in the three-functional hierarchy of the estates.

Key words: Society. Estates. Class. Changes. Ideology. Nobility. Clergy. the third Estate. Rules. Sociability.